

baros; aún con la facilidad que ofrecia la unidad romana necesitó el Evangelio cinco siglos para echar raíces en todas las partes del Imperio; sin la unidad romana el establecimiento del cristianismo hubiera sido imposible; en lugar de ser fuerte y capaz de civilizar á los pueblos del Norte, hubiera sucumbido, y con el cristianismo hubiera perecido toda esperanza de civilización. El Imperio ha tenido, pues, su misión y puede ser alabado; y, sin embargo, contiene desde su origen los gérmenes de los vicios que han producido su caída. Como monarquía universal ha salvado el porvenir de la humanidad, y como monarquía universal debía perecer. La historia celebra la grandeza del Imperio romano, celebra su ruina, y siempre tiene razón, á pesar de la apariencia de contradicción y de fatalismo. Cuando el historiador bendice la mano de Dios, no bendice por esto los crímenes de los emperadores monstruos, no niega la libertad y la responsabilidad humana; tanto no las niega que proclama que la ruina de la antigüedad es un gran juicio de Dios.

Lo que decimos del Imperio romano lo decimos igualmente del Pontificado. Los que admiten que el cristianismo ha sido el instrumento de la civilización moderna, deben reconocer también la legitimidad, mejor dicho, la necesidad del Pontificado, porque en el siglo XI el cristianismo, y con él la civilización, estaban en peligro de perecer sin la heroica reacción de Gregorio VII. ¿Cómo ha salvado Gregorio VII al cristianismo? Concentrando todas las fuerzas de la Iglesia en una poderosa unidad. Para dar un fundamento incontrastable á la unidad cristiana, la apoyó en una palabra del hijo de Dios: el Pontificado es de derecho divino, el Papa es el Vicario de Cristo, su poder alcanza á todos los fieles, lo mismo á los reyes y emperadores que al último siervo. Armado con su poder espiritual y con su derecho divino, el Pontificado es realmente soberano: los más altivos emperadores se humillan ante el sucesor de San Pedro, ante aquél, que es el único que tiene las llaves de las puertas del cielo. La Monarquía pontificia era necesaria, era legítima; la historia, cuando se despoja de las pasiones anticatólicas, debe reconocer que, gracias al Pontificado, el cristianismo ha hecho la educación de las razas bárbaras en los límites de la imperfección humana. Sin embargo, la Monarquía

pontificia estaba viciada en su esencia lo mismo que el Imperio romano; era todavía más peligrosa, porque ponía en peligro la independencia de las naciones y la libertad del espíritu humano. De aquí una inevitable reacción, primeramente del Imperio y después de las naciones, contra el Pontificado: de aquí la reacción de las herejías contra la Iglesia dominante; de aquí, en fin, en el seno de la Iglesia misma, una reacción contra los excesos del poder espiritual de los papas. El Pontificado sucumbe bajo estos ataques, lo cual quiere decir que perece por los vicios inherentes á una monarquía universal, espiritual y temporal á la vez. ¿Nos equivocamos al aplaudir su ruina? En este caso tampoco la historia tiene razón al aplaudir la caída del Imperio romano. Muchos espíritus, obedeciendo sin saberlo á la influencia de las luchas y pasiones del presente, nos echarán más bien en cara el no haber combatido á la Monarquía pontificia desde su origen. Les responderemos con el mismo ejemplo del Imperio romano. Si la Monarquía universal de Roma ha tenido una misión providencial, á pesar de los peligros con que amenazaba á la humanidad, á pesar de los crímenes de los emperadores monstruos, no se puede dudar que la Monarquía pontificia ha tenido igualmente su misión. Hasta existe un lazo íntimo entre ambas monarquías: Roma pagana ha preparado el terreno al cristianismo; Roma cristiana lo ha propagado y consolidado en el seno de las poblaciones germánicas. Pero la misión del Imperio romano era temporal; cuando ha concluido, la historia puede y debe aplaudir su ruina. La misión de los papas era igualmente temporal; cuando ha terminado no tienen ya razón de ser. Esto es lo que sucede al principio de la Era Moderna. El Pontificado de la Edad Media era realmente un poder espiritual, porque la Iglesia poseía la superioridad moral é intelectual sobre la sociedad feudal. En el siglo XV el clero se forma entre la gente ignorante y se revuelca en el fango de la corrupción, y por consiguiente abdica. La sociedad laica, más ilustrada, más moral, dirigirá por sí misma sus destinos. Decrecimiento del poder de la Iglesia, marcha ascendente de la soberanía civil: tal es la ley de la edad que se va á abrir.

¡Locura! se dirá; el Pontificado existe aún en el siglo XIX y

no piensa en abdicar. Responderémos que los grandes sacerdotes del paganismo vivieron tambien durante siglos despues que la filosofía habia negado sus dioses: y vivieron honrados por hombres de inteligencia, muchos siglos despues de Jesucristo, hasta el punto de que un emperador de genio creyó poder restaurar el culto pagano. Era una institucion que sobrevivía á las ideas que le habian dado nacimiento. Esto prueba que el hecho no tiene autoridad ninguna en esta materia, y que las ideas gobiernan el mundo; cuando las ideas se modifican, las instituciones del pasado tienen que derrumbarse; la cuestion es puramente de tiempo. Pues bien, las ideas que han producido el Pontificado y que lo han sostenido durante siglos contra los ataques de los emperadores, se han modificado de tal modo, que el Pontificado, que en la Edad Media era una necesidad para el cristianismo, ha llegado hoy á ser una traba para la religion, un verdadero peligro. El Pontificado es por su esencia la encarnacion del espíritu de dominacion; para el que ha seguido los desarrollos en que hemos entrado, no puede haber la menor duda sobre este punto. Ahora bien; lo que más irrita á los hombres contra el catolicismo es su ambicion, su pretension de dominar á la sociedad civil. Nuestras constituciones proclaman la soberanía de las naciones, al mismo tiempo que garantizan la libertad del pensamiento en todas sus manifestaciones; este principio nuevo está profundamente arraigado en las almas; de aquí una oposicion instintiva contra las invasiones de la Iglesia. La sociedad láica no quiere ya ser dominada en nombre de la religion, y la Iglesia se ve fatalmente impulsada por su principio á reivindicar la dominacion directa ó indirecta de la sociedad civil; la lucha es una lucha á muerte. Solamente la Iglesia puede hacerse ilusiones respecto del resultado; los pueblos abandonarán el cristianismo ántes que abdicar la soberanía y la libertad del pensamiento. La Edad Media misma no ha soportado la tiranía intelectual y política de Roma, ¡y se cree que la humanidad, despues de haber adquirido plena conciencia de sus derechos, va abdicar de ellos á los piés de un hombre que se dice Vicario de Dios!

Sin embargo, la Iglesia, con el Pontificado á la cabeza, reúne todas sus fuerzas para recobrar el imperio que ha perdido. Al con-

centrarse en una poderosa unidad obedece á su genio; las divergencias, los disentimientos se callan, los mismos altivos galicanos consienten en humillarse ante el sucesor de San Pedro. Esta unidad exalta las pasiones de los hombres del pasado; no ven que hoy constituye el mayor peligro para la Iglesia y para el cristianismo. Apénas la Iglesia, por la unidad de sus esfuerzos, se cree con algunas fuerzas, reproduce sus antiguas pretensiones; segun el lenguaje de sus más ardientes partidarios, parecería que hemos vuelto á la Edad Media. ¡Ilusiones de un poder que se acaba! En cuanto las pretensiones del Pontificado se manifiestan claramente, estalla contra la Iglesia una formidable reaccion, y esta reaccion amenaza hasta al cristianismo; porque los hombres, al ver que el cristianismo se confunde con la tiranía intelectual, empiezan á detestar la religion de Cristo. El peligro, pues, está para la Iglesia allí donde cree tener su fuerza. El único medio de salvacion para ella, si es que la tiene, sería abdicar francamente todas las pretensiones del pasado. Pero para esto sería preciso romper con el cristianismo tradicional; sería preciso renunciar á la soberbia ambicion de ser un poder; sería preciso reconocer que el único poder es la razon inspirada por Dios. Esto quiere decir que el remedio es imposible. La Iglesia continuará marchando por el camino que le señala su tradicion; proseguirá la lucha contra el espíritu moderno hasta que se decida la victoria entre lo pasado y lo porvenir. Para nosotros el resultado de la lucha no es dudoso.